

## Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: Una Amistad Literaria

Donald A. Yates

La influencia de Jorge Luis Borges sobre la literatura hispanoamericana es hoy día mayor que la de cualquier otro escritor de nuestro tiempo. Las ideas de Borges y sus opiniones han condicionado los sistemas de pensamiento de casi todos sus lectores. Podrí-

mos leer un cuento de Borges tal vez casualmente, pero si volvemos a sus páginas es probable lo hagamos por curiosidad acerca de su singular manera de interpretar el mundo. Así que podría decirse que el impacto de la obra de Borges sobre otros escritores se ha realizado por medio de su expresión artística de perplejidades y de asombro.

Hay, sin embargo, otros tipos de influencia, más sutiles, más serenos. En la vida del mismo Borges, considero que una de las personas que más apreciable gravitación tuvo sobre los criterios estéticos del autor argentino fue Alfonso Reyes. Creo, además, que Reyes le brindó a Borges su amistad y le insinuó sus sanos consejos —siempre emitidos en un tono mesurado y tranquilo— en un momento crítico en la carrera de éste, cuando el joven Borges de 28 años buscaba la salida de un estilo forzado y exageradamente elaborado. También entiendo que, en cierto modo, Reyes le señaló a Borges el camino que, una década después, y tras experimentos vacilantes, le llevaría a la composición de los extraordinarios cuentos que iban a integrar su obra fundamental, *Ficciones*.

Este breve estudio, por lo tanto, tiene como modesto propósito trazar las circunstancias de esa amistad literaria, ofreciendo algunos comentarios y evaluaciones sobre la relación que mantuvieron Borges y Reyes durante los últimos años de la década del veinte los primeros de la del treinta.

### I

Entre los dos hombres mediaban solo diez años de diferencia —Reyes nació en el '89 y Borges en el '99. Pero Alfonso Reyes era indudablemente el mentor y Borges, aunque tenía ya cuatro libros publicados cuando Reyes llegó por primera vez a Buenos Aires, era el joven aprendiz que buscaba con el escritor más experimentado más maduro sus opiniones y juicios, y se maravillaba ante su seductor estilo literario.

El primer contacto entre ellos data del año 1924, cuando Borges se encontraba con su familia en los últimos meses de su segunda jornada en Europa (1923-1924). Borges había publicado en Buenos Aires en las vísperas de ese viaje su primer libro de poemas, *Fervor de Buenos Aires*, y varios ejemplares habían llegado a España. Cuando Borges se instaló de nuevo en Madrid, después de recorrer Inglaterra, el sur de Francia, y visitar varias otras ciudades españolas, su libro ya había llamado la atención a varios críticos y escritores en Madrid, entre ellos, Alfonso Reyes, que allí desempeñó varios cargos diplomáticos entre 1920 y 1924. Reyes le mandó una carta a Borges alabando los versos de *Fervor*, manifestándole que los poemas sobre los antepasados militares de Borges le habían conmovido, porque él también era de estirpe militar.

Por lo tanto, con relación con este momento, un curioso incidente que Borges recientemente ha desmentido. Se trata de un presunto diálogo entre Reyes y Borges que refirió en México en 1973 el escritor Ernesto Mejía Sánchez y que —y ello las palabras del propio *Ernesto*— "aparentemente debe haber sido el primer en-

cuentro entre don Alfonso Reyes y Borges en España, durante la primera Guerra Mundial." Aquí cito la versión de Mejía Sánchez reproducida en *Excelsior*.

Borges jugaba con una esfera o copa de cristal verde, en que Reyes se reflejaba y dijo queriendo filosofar a lo compadrito, cosa que de niño había oído decir de Evaristo Carriego:

"Uno sabe dónde nace, pero no donde va a morir."

La sangre mexicana de Reyes saltó sobre su cortesía: recordó el 9 de febrero de 1913 frente a Palacio, la estrella de sangre en la frente de su padre y respondió con agresiva amargura:

"Sólo los hombres sin experiencia pueden hablar así, porque los de verdad: eligen dónde vaon a morir."

"Todos mis abuelos y bisabuelos son militares," dijo Borges, explicándose o justificándose.

"Mi padre también lo fue," dijo Reyes con un acento tan fino y explosivo que como estoque de pólvora hizo estallar la esfera verde en los manos de Borges.<sup>1</sup>

Borges niega que ocurriera tal incidente y cuando se lo refirieron respondió: "No lo conocí en Madrid."<sup>2</sup> Recuerda, más bien, que su primer encuentro se produjo en la Argentina en 1927 en la casa de Pedro Henríquez Ureña o, tal vez, en la de Victoria Ocampo. A esta altura sería difícil documentar lo citado por Mejía Sánchez. Pero si fuera así, sería una notable alteración en la actitud generosa y equilibrada de Reyes, famoso por su bondad con los escritores jóvenes y desconocidos. En todo caso, nos puede parecer un poco sospechoso el haber situado este encuentro en Madrid —y cito— "durante la primera Guerra Mundial," en vista de que todos los Borges se vieron obligados a pasar los años de las hostilidades —1914-1918— en Ginebra y después en Lugano. No llegaron a España por primera vez hasta 1919 y a Madrid sólo después de muchos meses de recorrer el sur de España y Mallorca —es decir, no hasta la primavera de 1920.

Así que con relativa seguridad podemos fijar el momento de la carrera de Borges cuando por vez primera conociera a Alfonso Reyes. De España Reyes se había trasladado a Francia, donde permaneció desde 1925 a 1927. En ese mismo año, después de una breve visita a México, fue designado Embajador en la Argentina. Llegó a Buenos Aires a mediados del '27 y sus amigos argentinos le dieron una calurosa acogida. Anticipando su llegada, el poeta Ricardo E. Molinari publicó lo siguiente en las páginas de la revista literaria porteña, *Martin Fierro*:

Reyes ... nos ha dado ya una colección de libros escritos en la mejor prosa que hoy se trabaja: ensayos, crítica, diálogos, cuentos, estudios y simpatías y diferencias... Qué gentileza la suya ser a la vez excelente prosista y gran poeta. Qué certidumbre de expresión y delicadeza de sentimiento... Mañana o pasado él estará entre nosotros y sabrá cuán grande es nuestra admiración y cuál el respeto por su bellísima obra.<sup>3</sup>

## II

Para mediados de 1927, Borges había publicado ya sus dos primeros libros de poesía —*Fervor de Buenos Aires* (1923) y *Luna de enfrente* (1925)— y las dos primeras colecciones de ensayos *Inquisiciones* (1925) y *El tamaño de mi esperanza* (1926). Refirámonos primero a estadísticas y después a juicios relacionados con esas cuatro obras. *Fervor de Buenos Aires* contiene 45 poemas. (Cinco más tuvieron que ser excluidos a último momento por motivos de espacio; no cabían en el libro de sesenta y cuatro páginas que se había negociado y que había pagado el padre del joven poeta, Jorge Guillermo Borges —300 pesos argentinos por 300 ejemplares.) *Luna de enfrente* tenía 27 poemas más 11 "soleares" de tres líneas cada uno. Es decir, que eran bien nutridos muestrarios de la temprana poesía de Borges.

En cuanto a los ensayos, *Inquisiciones* incluye 15 de las 20 piezas críticas que Borges había escrito hasta ese momento. *El tamaño de mi esperanza* contiene una proporción aun mayor de los ensayos aparecidos anteriormente —20 de un total de 26. Es decir, casi todo lo que escribió Borges, durante aquellos años él después recopilaba y publicaba en forma de libro.

Ahora bien, en su "Ensayo autobiográfico," publicado primero en inglés en los Estados Unidos en 1970 y luego en español en Buenos Aires cuatro años después, Borges dio los siguientes juicios sobre aquellos libros:

Este periodo, de 1921 a 1930, fue de mucha productividad para mí, pero quizás mucha de ella fue atollada y sin sentido. Escribí y publiqué siete libros: cuatro de ensayos y tres de poesía... Esta productividad hoy me asombra tanto como el hecho de que no sienta al más mínimo parentesco con sus resultados. Tres de las cuatro colecciones de ensayos, cuyos nombres es mejor no recordar, nunca autoricé a reeditarlos... Cuando escribí [las piezas del primero de esos libros "atollados"] estaba imitando diligentemente a dos españoles barrocos del siglo XVII, Quevedo y Saavedra Fajardo, quienes, en su estilo propio, practicaban el mismo tipo de escritura que Sir Thomas Browne. Me esmeré lo mejor que pude en escribir latín en español y el libro se desmorona por el peso de sus involuciones y sus juicios sentenciosos. El segundo de estos fracasos fue una especie de reacción. Me fue al otro extremo y traté de ser tan argentinismos de Segovia e introduje tantos localismos que muchos argentinos tenían dificultades para entenderlo. Dado que extravié el diccionario, no estoy seguro de entenderlo yo mismo ahora y por lo tanto lo he abandonado por hallarse más allá de toda esperanza. El tercero de estos innombrables constituye una parcial redención.<sup>4</sup> (fin de cita)

Pero ese tercer libro era *El idioma de los argentinos* del año 1928. Y Alfonso Reyes había llegado a Buenos Aires un año antes. Vamos a examinar más detenidamente las circunstancias de esa amistad que trabaron Reyes y Borges a mediados de 1927.

A la edad de 28 años, Borges había conocido a tres personas que le servían como modelos o figuras de autoridad. El primero fue su padre, Jorge Guillermo Borges, con quien, de chico, había empezado a leer y comentar libros tanto de maravillas y aventuras como de metafísica y filosofía. Borges ha dicho reiteradamente que se formó para siempre en la biblioteca de libros ingleses de su padre. El segundo hombre que le impresionó sobremedida fue el escritor andaluz, Rafael Cansinos Asséns, a quien Borges conoció en Madrid en 1920. Con él el joven aprendiz de la literatura se indocinó en los criterios de la secta ultraísta que tanto influyó sobre sus primeros escritos. Borges lo admiraba profundamente, a cansinos por los muchos idiomas que conocía, por su asombrosa erudición, y por ser un hombre (las palabras son de Borges) "que vivía exclusivamente para la literatura sin ninguna preocupación por el dinero y la fama."<sup>5</sup> Pero Borges reafirma que "todavía me complace en pensar en mí como su discípulo."<sup>6</sup>

La tercera persona que tuvo sobre Borges una influencia descomunal fue Macedonio Fernández, amigo de su padre, cuya estimulante amistad el hijo heredó al volver a la patria en 1921, una amistad que Borges ha señalado como "el acontecimiento mayor de mi regreso."<sup>7</sup> Pero lo que Macedonio representaba para Borges era un compañero intelectual, un mentor que le llevaba por los senderos que su padre ya le había señalado —de la filosofía idealista. Era un genial conversador. Tanto es así que —como Borges mismo lo ha reconocido— lo mejor de Macedonio estaba en la conversación y no en sus libros. Estos han dejado perplejos a casi todos sus lectores. En su "Ensayo autobiográfico," Borges admite que (y cito) "El mayor regalo que me hizo Macedonio fue enseñarme a leer escépticamente. Al principio o le plagiaba devotamente, copiándole algunas afectadas formas estilísticas, lo que después lamenté. Ahora lo recuerdo como un Adán desconcertado por el Jardín del Paraíso. Su genio sobrevive sólo en unas pocas páginas: su influencia fue de naturaleza socrática."<sup>8</sup>

El cuarto maestro, el último mentor de Borges fue Alfonso Reyes. Se impuso, en su modo gentil, cortés y sincero, a todos los demás —sobre el padre de Borges, que en 1927 estaba ya casi ciego y que no quería opinar sobre los libros de su hijo que, afirmaba él, tenía que seguir su propio camino y cometer sus propios errores; sobre el ausente Cansinos Asséns, cuya broma ultraísta le costó a Borges duras penas superar; sobre Macedonio Fernández, que nutría el espíritu del joven escritor pero que no le ayudó en la búsqueda de un estilo adecuado para la expresión de sus ideas.

### III

La importancia que se dio a la presencia de Reyes entre la joven generación de ultraístas y martinfierristas se puede apreciar en estas palabras de 1957 del escritor argentino Ulises Petit de Murat:

Teníamos a Leopoldo Lugones. Admitía nuestra visita en su rincón de la Biblioteca del Consejo Nacional. Pero más que ortodoxo, era fanático. En su batalla a

favor del verso rimado exaltó nulidades ... y desconoció a poetas que han quedado, como Borges, Molinari, Mastronardi y Marechal... Lo admirábamos, por más que lo atacáramos casi todo el tiempo, pero no nos servía como orientador. Nuestras fuerzas recibieron su primera noticia al ser admitidos a la amistad cálida y comprensiva de Alfonso Reyes. En él latía para alzar, de pronto, súbito vuelo resplandeciente la receptividad viva del más adorable humanismo... ¿Sabe Alfonso Reyes cómo ocupaba el centro de nuestras conversaciones? Luego, naturalmente, no se lo decíamos.<sup>9</sup>

Reyes y Borges trabaron una estrecha amistad, que incluía invitaciones a cenar los domingos en la Embajada Mexicana. Esas cenas y las largas sobremesas representan para Borges uno de los recuerdos más imborrables de aquellos años. Compartían muchas predilecciones, entre ellos la prosa del ensayista inglés, Andrew Lang, cuyo libro, *Essays in Little*, Borges había conocido casi veinte años antes, en la biblioteca de su abuela paterna, Frances Haslam de Borges. Tanto Borges como Reyes confesaron su admiración por el "encanto" del estilo de Lang. Eso de un estilo admirable llegaría a ser después una cuestión de su importancia entre ellos. Concordaron los dos también en que la prosa castellana del escritor francés radicado en la Argentina, Paul Groussac, era ejemplar.

Pero mucho más significativo era que Borges tuviera delante de sí a uno hombre que él después designaría como "el más fino estilista de la prosa española de nuestro siglo."<sup>10</sup> Como ya hemos visto, para 1927 Borges no había dado con un estilo que le sirviera. Lo estaba buscando. Pero primero tenía que modificar algunos de sus criterios estéticos.

Como antiguo discípulo de la escuela ultraísta, Borges parecía aferrarse a la idea de que el contenido narrativo, la circunstanciación, y la anécdota no tenían cabida en su obra. Sin embargo, en su reseña del libro de ensayos de Reyes, *Reloj de piedra* (1926), publicada en 1927 cuando Reyes llegaba por primera vez a la Argentina, Borges parece encontrar motivos para afirmar el valor de la anécdota.

Tras calificarlo como un "[g]ratísimo libro conversado," (cualidad que tanto admiraba en Andrew Lang), Borges se refiere al primer ensayo, diciendo:

*Reloj de piedra* empieza por una apología de las anécdotas: página emocionada y preciosa, que trascibo para que el lector se enamore de ella: y también ¡oh menester diario logístico del oficio! para comentarla. Aquí está:

"Hay que interesarse por las anécdotas. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar, por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser como la flor de la planta: la combinación cálida, visible, armoniosa, que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital.

Hay que interesarse por los recuerdos, harina de nuestro molino." <sup>11</sup>

Y después escribe Borges:

Reyes ha reformado la anécdota. Su prudente revocación corresponde a la solicitada por Ben Johnson para el epigrama. En vez de sujetar la entera composición a la última línea, al desenlace armado, al rasgo (de antemano) asombroso, Reyes quiere que el agrado de sus anécdotas sea perfecta. Nunca procedieron así los anecdotistas. Siempre nos propusieron su página, no de gustatoria lectura, sino de desconfianza o de impaciencia o de suspensión, para recién justificarse en la última línea y callar. Leerlos tenía más de tarea que placer. Uno se fatigaba, esperándolos. Reyes, no; Reyes nos presenta un mundito y hace como si lo dejara vivir. <sup>12</sup>

Mas ese momento, a pesar de haber leído con mayor deleite a innumerables cuentistas —sobre todo en idioma inglés— Borges no se había atrevido a ensayar uno solo cuento propio. Pero ahora, con el incesante y entusiasta apoyo de Alfonso Reyes, parece que empezó con mucha discreción y reserva a experimentar. Recuerdo que me dijo una vez que Reyes le animaba mucho en ese sentido durante aquellos años, hasta tal punto que le sugirió que escribiera anécdotas, borradores y diálogos para practicar.

#### IV

Ahora bien, ..... a los límites de tiempo especificados para este trabajo, ya es nova de llegar rápidamente a nuestras conclusiones a terminar, quisiera resumir lo dicho en términos breves y luego señalar lo que me parece ser esencialmente la contribución de Alfonso Reyes a la formación literaria de Jorge Luis Borges. Hay tres aspectos fundamentales.

Primero, su amistad con Reyes parece haberle comunicado a Borges un criterio más exigente en lo que se refiere a los libros que publicaba. Borges no ha permitido que se reeditara ningún libro de ensayos que incluyera piezas escritas antes de conocerlo a Reyes. En cambio, todos los libros de ensayos posteriores (que además revelan una base cada vez más estricta de selección) si han sido incorporados a las llamadas *Obras completas* de Borges. <sup>13</sup> En cuanto a sus libros de poesía, ha dejado que se hagan nuevas ediciones de *Fervor de Buenos Aires* y de *Luna de enfrente*, pero sólo después de severas revisiones y supresiones. Y cuando Reyes le pidió a Borges en 1929 un nuevo libro de poesía para la serie Cuadernos del Plata que él dirigía, Borges tuvo dificultades en reunir una docena de nuevos poemas aceptables.

Segundo, en cuanto al estilo de sus ensayos, se observa, a partir de 1927, una mayor fluidez y un tono mucho más natural. Borges mismo reconoce esta lenta evolución. En el "Autobiographical Essay," escribe al respecto: "Me estaba liberando [en *El idioma de los argentinos*] del estilo del anterior [*El tamaño de mi esperanza*] y retornaba a la cordura tratando de escribir con cierta lógica y procurando facilitarle las cosas al lector en vez de

intentar deslumbrarlo con pasajes purpúreos." <sup>14</sup> Tenemos todo derecho a conjeturar que la prosa de Reyes le servía a Borges como modelo.

Finalmente, y de mayor importancia, Reyes parece haber despertado en Borges la idea de que él sí era capaz de escribir prosa narrativa. Aún más, le incitó a hacer experimentos y, ensayar ejercicios en prosa. Creo que podemos considerar la incorporación de "Hombres pelearon" —la primera prosa de indole narrativa, anecdótica de Borges— en *El idioma de los argentinos* en 1928 como la consecuencia de los inteligentes consejos de Alfonso Reyes. Como se sabe, "Hombres pelearon," era el borrador de lo que sería, cinco años después, el primer cuento original de Borges —"Hombres de la orilla," conocido también bajo el título "Hombre de la esquina rosada."

Eso fue en 1933. Reyes ya se había trasladado a Río de Janeiro en 1930 como Embajador Mexicano en el Brasil. Pero estuvo de paso en Buenos Aires en agosto de 1933 para presenciar un acontecimiento importante: la publicación en la *Revista Multicolor de los Sábados* del diario porteño *Critica* de la primera narración de una serie que elaborada Borges a bes de argumentos ajenos —"El espantoso redentor Lazarus Morell." Esos "ejercicios," como los ha designado Borges, integrarían después, junto con "Hombre de la esquina rosada," su primer libro de prosa narrativa —*Historia universal de la infamia* del año 1935.

Estos experimentos también aparentemente tenían la aprobación que tuve con Borges hace varios años, encuentro una frase que copié porque me parecía notable que Borges recordara con tanta satisfacción un juicio de unos cuarenta años atrás. Estábamos hablando de ese primer relato, "El espantoso redentor Lazarus Morell," y de golpe Borges pescó ese lejano recuerdo. "Ah, sí," comentó. "Recuerdo que Alfonso Reyes me dijo que le gustaba ese cuento."

Ahora comenzaría la larga elaboración de su estilo narrativo. Después de *Historia universal de la infamia* (1935) y de otro relato en 1936, "El acercamiento a Almotásim," vendrían, en 1939, "Pierre Menard, autor del Quijote, en el '40," "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius," y luego los otros famosos cuentos de *Ficciones* de 1944 y de *El Aleph* de 1949. Era, como hemos visto, un largo camino, que Borges recorrió muy lentamente. Y me parece razonable conjeturar que cuando empezó a dar los primeros pasos por él, lo acompañaba Alfonso Reyes.

#### NOTAS

1. *Excelsior*, México, 8 de diciembre de 1973.
2. *Boletín Capilla Alfonsina*, México, Núm. 28, pág. 27.
3. *Martin Fierro*, Buenos Aires.
4. "Las memorias de Borges." *La Opinión* (Buenos Aires), 17 de setiembre de 1974, págs. XII-XIX.
5. *Ibid.*, pág. IX.
6. *Ibid.*, pág. VII.
7. *Ibid.*, pág. XI.
8. *Ibid.*, pág. XII.
9. *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Universidad de Nuevo León, Monterrey (I-II), 1957, págs. 438-439.

10. "Las memorias de Borges," pág. XIV.
11. "Alfonso Reyes: *Reloj de sol*," en *El idioma de los argentinos* (Buenos Aires, M. Glantz, Editor, 1928), pág. 125.
12. *Ibid.*, págs. 127-128.
13. Aunque no ha sido integrado a las *Obras Completas*, conviene señalar que *El idioma de los argentinos*, de 1928, publicado un año después del momento en que Borges y Reyes se conocieron, es una mejor colección de ensayos de Borges. Figuran solo 15 de las 37 piezas que Borges pudiera haber incluido. Al mismo tiempo, el estilo se volvió menos forzado, más comunicativo e informal.
14. "Las memorias de Borges," pág. XIII.